

entre nosotros, y constan tambien de tres divisiones: de berlina (*coupé*), interior y rotonda (*gondole*). Ademas, tiene arriba dos ó más asientos sobre lo que se llama la *imperial*. Allí tambien se coloca el conductor, que, separado por este motivo de toda comunicacion con los viajeros del interior del coche, se ocupa silenciosamente desde su elevada altura en dirigir las riendas de los caballos. Estos son ordinariamente cuatro ó cinco, y á veces más, si lo exige el estado del camino; y suelen andar á razon de tres leguas francesas por hora, sin que en este punto sean muy escrupulosos cuando la estacion es mala; de suerte que, por regla general, puede asegurarse que nuestras diligencias andan el mismo espacio en igual tiempo dado.—Pero en lo que existe notable diferencia es en el precio; pues en las de Francia no llega regularmente á dos reales por legua, y en las nuestras sube por lo ménos al doble. Sin embargo, para proceder con la debida imparcialidad, y huyendo justamente de todo movimiento de admiracion exagerada, debemos aquí reconocer que, salvas aquellas diferencias, es más grata la vida en la diligencia española, más cómodo su servicio particular.

En primer lugar, por moderno establecimiento, por su precio bastante elevado, y por la escasez de otros medios más rápidos de comunicacion, resume todavía el privilegio de servir á las clases más acomodadas y distinguidas; lo cual asegura al viajero la ventaja de hallarse en medio de una agradable sociedad, que participando de inclinaciones análogas, siguiendo las más veces reunida toda la extension del viaje, haciendo sus altos correspondientes á pasar las noches en las posadas, y participando, en fin, de los mútuos temores y del peligro comun, no es extraño lleguen á intimar hasta el punto que acaso haya quien vea con sentimiento acercarse el término de su viaje.—Por otro lado, el mayoral ó conductor, el zagal y

el postillon, sentados los dos primeros en el delantero del coche, y el último sobre la primera caballería del tiro, se hallan continuamente en franca correspondencia con los viajeros, de quienes reciben, cuándo el cigarrito, cuándo el resto del refrigerio, á cambio de una condescendencia ó de una protesta de seguridad que disipa los temores de todo mal encuentro.

Sabido es, además, que desde el punto y hora en que el mayoral español hace resonar el primer chasquido de su látigo, comienza entre él y sus mulas el interesante diálogo, á que responden alternativamente con el inteligente movimiento de sus piés y de sus orejas, la *Capitana*, la *Generala*, la *Coronela*, la *Gallarda* y el macho *Pulido*, favorito especial á quien se dirigen de preferencia los apóstrofes y reniegos. — Durante toda la travesía da á los viajeros todas cuantas pruebas de deferencia le permite su consigna, y contribuye no poco á hacer olvidar la monotonía del país que se despliega á su vista. — Si le preguntan cuántas leguas dista de la ciudad, siempre consuela con que son cortas; si le manifiestan temores por ciertos bultos que atraviesan el camino, siempre nos conforta con la seguridad de que en todo el mes no le han asaltado todavía; si una angustiada dama se le queja de sed, se apresura á alargarla su bota de Yépes ó Valdepeñas; si un chiquillo jugueton quiere coger un nido de gorriones ó ver las mulas, le permite bajar y trepar á los árboles ó sentarse con él en el delantero. — Es, en fin, el patron del buque; el útil é indispensable comensal de toda la tripulacion, y raro es el viajero un poco curioso que al llegar al término de su viaje no lleva en su memoria el nombre, la historia y semblanza del complaciente conductor.

Las paradas á dormir en las posadas (si ellas fueran mejores), no puede negarse que proporcionan una grande

comodidad; pues si bien es cierto que se roban algunas horas al camino, tambien hay que convenir en que son de descanso al cuerpo y de grato-solaz al ánima pecadora. —Seriamos injustos, sin embargo, si respecto á las posadas ó paradores de las grandes carreras que corre la diligencia, no reconociéramos notables mejoras en estos últimos tiempos, y tales, que muchas de ellas las hemos hallado superiores al escaso interes que pueden reportar por la falta de viajeros.—No se busque, empero, aquella elegancia de forma, aquella coquetería de accesorios, que hemos indicado respecto de los hoteles franceses en el artículo anterior; pero, por lo ménos, puede contarse con una mesa abundante y sana, con camas limpias y un precio fijo y moderado.—La marcha canonical de nuestra diligencia permite, por otro lado, disfrutar ámpliamente de aquellas ventajas, y no sólo da el tiempo suficiente para comer y dormir con todo descanso, sino que todavía puede el viajero aprovechar largos ratos en visitar la plaza del lugar ó la colegiata, el mercado los juéves, ir á misa los domingos, y descansar, aunque algo metafóricamente, por las noches, sobre algun empedernido colchon.

En la diligencia francesa es otra cosa; en primer lugar, la sociedad que en ella se reune es bastante heterogénea, gracias á la extremada baratura del precio y á los medios más cómodos de trasporte.—Comisionistas, corredores de comercio (*commis voyageurs*), tipo especial frances, jóvenes despiertos, y áun atolondrados, que acaso bosquejarémos algun dia; oficiales del ejército que mudan de guarnicion; cómicos y empresarios de los teatros de provincia; estudiantes y entretenidas; modistas y amas de cría; hermanas de la Caridad y poetas excéntricos y *no comprendidos* en su lugar.—Tales son los elementos que en ellas vienen á reunirse generalmente; y ya se deja conocer que no hay

que esperar de ellos aquellas delicadas atenciones, aquellos rendidos obsequios, aquella amable deferencia que suele regularmente hacer agradable el viaje en nuestros coches públicos.

Allá, por el contrario, el individualismo está más caracterizado; cada cual retiene para sí el mejor sitio posible, y le defiende obstinadamente aún contra los privilegios de la edad ó las gracias de la hermosura; y cuenta que el rincón de un coche no es cosa indiferente cuando han de pasarse en él las largas noches de invierno.—Hay viajeros y viajeras que imponen á sus compañeros su inevitable locuacidad, persiguiéndole hasta en los secretos de su vida interior ó de sus proyectos futuros; y los hay también que se aíslan y se reconcentran en sí mismos, y á la hora conveniente asoman su cestita de provisiones, y se complacen en desplegar á la vista de los hambrientos colaterales, ya el rico pastel de Perigord, ya el sabroso queso de Gruyère, ya los dulces de Metz ó los salchichones de Marsella, sazonando estos delicados frutos con las descomunales ojeadas que suelen acompañar á la implacable cesta en el momento de su ocultacion.

El conductor frances, personaje mudo y absolutamente incógnito á la tripulacion, colocado allá en la region de las nubes, dirige mecánicamente desde allí su poderosa máquina, sin apóstrofes, sin diálogos, sin interrupcion. Llegando á la parada donde ha de remudarse el tiro, no se cuida de averiguar si algun viajero quiere descender, si alguno ha descendido ya y se queda atras. Todo su celo se limita á reforzar su individuo con un vaso de aguardiente y hacer que se enganchen los caballos en el menor tiempo posible; verificado lo cual, vuelve á encaramarse á las alturas, y da con un silbido la señal de marchar.

De noche, de dia, la misma operacion, el mismo silen-

cio.— Los viajeros se remudan frecuentemente en toda la línea y apenas tienen tiempo de reconocerse.— Tal, por ejemplo, habrá, que habiendo tenido al lado toda la noche una tremenda vieja contemporánea de la Pompadour, se ha visto obligado á sumergir su cabeza en el rincón del coche, y á dormir por intervalos entre el armonioso ruido de las ruedas y de los cristales y la memoria infausta de aquel vestigio.— De pronto, sus ojos, heridos por los primeros rayos del sol, se abren impacientes, y encuentran, no sin agradable sorpresa, que durante el último término de la noche la vieja secular ha desaparecido, y trasformándose en una graciosa paisana provenzal ó en una linda costurera de la *Chausée d'Antin*; con lo cual da el viajero á los diablos su sueño pertinaz, que no le permitió saber á tiempo tan mágica trasformacion.

Por lo demas, ¡ qué metamorfosis singular ha ocasionado la noche! — Ni la imaginacion poética de Ovidio pudiera idearla mayor.— La elegante dama que ocupaba el frontero casi exclusivamente con sus exagerados adornos, ha colgado su sombrero carmesí, ha metido en la bolsa sus blondos tirabuzones, ha doblado sus cintas, sus *fichús* y *manchetes*, ha dejado caer sobre la falda sus flores y el color de sus mejillas, y ha restituido, en fin, al semblante el testimonio de su fe de bautismo, bajo los descuidados pliegues de un horrendo pañuelo de hierbas, y la angustiosa expresion del hambre y del insomnio.— El honrado mercader que ocupaba su lado aparece ahora bajo la forma de mercancía, metido en un saco de lana y cobijado bajo su gorro de algodón.— El cómico de la Edad Media ha dejado su *bisogné*, y pertenece ya á los tiempos de la barbarie;— y el comisionista lionés, el Lovelace de los caminos reales, ha eclipsado su barbudo semblante entre cuatro varas de cachemir.— Tan repugnante espectáculo, tan incómodo suplicio, han producido algu-

nas leguas más de camino hechas durante la noche, horas que el viajero está obligado á rescatar cuando llega el término de su viaje..... ¡Y todavía se rien los franceses porque nuestras diligencias hacen alto durante la noche!

Dos veces tan sólo en el dia suele pararse ligeramente la francesa : para almorzar y para comer; pero sin ninguna regularidad en la hora ni en el período ; de suerte que suele acontecer almorzar á las once de la mañana y comer á las cinco de la tarde; y tambien hacer la primera operacion al amanecer, y comer á las diez de la noche;— con lo cual el estómago del pobre viajero, asendereado é indeciso de su suerte futura, experimenta una continúa alarma y un desfallecimiento positivo; tanto más, cuanto que en la media hora ó tres cuartos que se le consienten para aquellas operaciones, tiene que reforzarse precipitado, á riesgo de verse interrumpido bruscamente por la voz del terrible conductor, que, levantándose de la mesa (en que inconvenientemente toma puesto al lado de los viajeros), grita con voz estentórea: « ¡ *Messieurs, en voiture!* »

A esta voz responden mil otras de reclamacion y de desconsuelo, que son, por supuesto, desatendidas, llegando á veces á punto de apelar los viajeros al santo derecho de insurreccion, y abalanzarse á recoger indistintamente, cuál el pollo asado, cuál una torta, éste las frutas, aquél al *fricandó*.—En tan indispensable egoismo, la belleza, la amistad, el respeto y demas consideraciones sociales desaparecen del todo, y cada cual mira únicamente á cumplir con su imperiosa necesidad.—No es extraño;— *sine Cerere et Baco friget Venus*.—Vayan VV. á pensar en galanterías cuando se trata de matar el hambre.

El segundo modo de viajar de los ya indicados con-

siste en la *malle-poste*, cómodos carruajes de elegante y ligera forma, que permiten tres asientos además de el del correo. La rapidez es tal, que están obligados á hacer cada legua en veinte y dos minutos, y no se les concede más que uno ó dos para las remudas de caballos, y un cuarto de hora para comer ó cenar.—Pero esta misma rapidez llega á hacerse insoportable al viajero á quien urgentes negocios no llamen vivísimamente al punto á que se dirige. El precio de estos asientos está fijado en franco y medio por cada parada de dos leguas, ó sea tres reales escasos por legua.

El tercer método de viajar es el de las sillas de posta alquiladas particularmente, que reuniendo la rapidez y la comodidad del viajero á su voluntad libre é independiente, es el más adecuado para saborear todos los placeres del viaje; pero, como se deja conocer, es también el medio más costoso, y se paga á razón de franco y medio por caballo (no pueden alquilarse ménos de dos) y otro tanto por el postillon en cada posta de dos leguas, además del alquiler de la silla y otros gastos pequeños. Sin embargo, reuniéndose dos viajeros, todavía puede ser arreglado este gasto, especialmente si tienen mucho equipaje que conducir.

Al salir de Bayona por el arrabal de Sancti Spiritus, el camino atraviesa un país agradable y bien cultivado, interrumpido por multitud de casas de campo y de lindas poblaciones, tales como San Vicente, San Geours y otras, hasta llegar á Dax, donde se pasa el Adour sobre un hermoso puente.—Aquí la comarca cambia de aspecto completamente, y empiezan las inmensas llanuras y arenales conocidos por el nombre de las *Grandes Landas*, las cuales, sin embargo, hasta más adelante no despliegan todo

su severo aspecto; pero, una vez internado en ellas el viajero, fatigada su vista y su imaginacion con la monótona presencia de los espesos pinares que á uno y otro lado continúan por espacio de muchas leguas, apénas encuentra un punto de reposo en el lejano caserío de una miserable aldea, en la choza de un pastor ó en la pintoresca figura de éste, que subido en elevados zancos, dirige su ganado al traves de los profundos arenales.

Despues de atravesar la antigua ciudad de *Tartas*, sentada en el declive de una colina, se llega, pasadas algunas horas, á la bella poblacion de *Mont de Marsan*, cabeza del departamento de las Landas.—Esta ciudad, aunque situada en la comarca más desierta de la Francia, es tan agradable por sus lindas construcciones, la alineacion y la limpieza de sus calles y lo animado de su comercio, que viene á interrumpir agradablemente la enojosa tristura del viajero. No perderá nada éste en detenerse algunas horas en tan interesante poblacion; hallará en ella elegantes y bien servidos hoteles; verá bellos edificios públicos, iglesias, prefectura, palacio de justicia, cárcel, presidio y cuarteles; un gracioso teatro, un colegio, una biblioteca pública, establecimiento de aguas termales, fábrica de paños, lindos paseos, gabinetes de lectura, multitud de tiendas y almacenes surtidos de géneros de lujo, y todo esto en una poblacion de tres mil setecientos habitantes, es decir, al poco más ó ménos que la de Ocaña ó Alcalá de Henáres.

La travesía desde Mont de Marsan á Burdeos ofrece pocos objetos nuevos, continuando aún por largo trecho las inmensas Landas, que aunque en gran parte cultivadas y cubiertas de pinos, ofrecen un tétrico aspecto.—En Langon se atraviesa el Garona sobre un magnífico puen-



te colgante, y muy luégo se echa de ver el influjo de aquel majestuoso río en las frondosas campiñas que se extienden de uno á otro lado.—Luégo empiezan á admirarse los célebres viñedos de aquella comarca, cuyas cepas se elevan á una altura considerable, y están sostenidas por varas derechas, no caídas por el suelo como las de la Mancha y Andalucía.—Por último, desde que se llega á *Castres* se reconoce la inmediacion de una gran ciudad en lo bien cultivado de la campiña, lo animado de las poblaciones y caseríos; hasta que de allí á poco rato, dejando á la derecha el pueblo y castillo de *la Breda*, en que nació el célebre Montesquieu, se ofrece, en fin, á la vista la magnífica capital de la Gironda, adonde llega el viajero por el arabal de San Julian.



V.

BURDEOS.

Llegada á Burdeos.—Aspecto de la ciudad.—Campiña.—Rio Garona.—Puentes.—Caserío.—Costumbres de los habitantes.—Vida del campo, y su comparacion con la de los alrededores de Madrid.—Chateaux.—Fiestas patronales.—Monumentos antiguos.—Palacio de Galieno.—La catedral.—Château Royal.—Museo.—Teatro.—Baños, etc.

La primera impresion verdaderamente grande que experimenta el español que visita la Francia por este lado es producida por el magnífico aspecto que despliega á su vista la ciudad de Burdeos; y tal es la agradable sorpresa que le ocasiona, que en vano intentaria luégo verla reproducida en ninguna de las grandes ciudades de Francia, y ni áun en presencia de su inmensa y populosa capital.

Para gozar, sin embargo, del cuadro interesante que ofrece al viajero la capital de la Gironda, preciso le será trasladarse á la opuesta orilla del Garona, enfrente del vastísimo anfiteatro de cerca de una legua, que siguiendo la curva descrita por el rio, forman los bellos edificios de la ciudad, terminada de un lado por el extenso y ele-

gante cuartel *des Chartrons*, y al opuesto, por el soberbio puente y los arsenales de construccion.

Colocado el espectador enfrente de aquel magnífico panorama, puede sólo desde allí juzgar de la formidable extension de esta gran ciudad, de la magnificencia y belleza de sus edificios, y del movimiento y animacion de su vida mercantil. — La extraordinaria anchura del Garona; el atrevido puente que presta comunicacion á ambas orillas; la inmensa multitud de buques de todas naciones que estacionan en el puerto; la extension de los hermosos diques que sirven de defensa á los edificios; las dimensiones colosales, la forma elegante y bella de éstos; los extendidos paseos, y luégo allá en el fondo y á espaldas del espectador, enfrente de la ciudad, la campiña más hermosa y más bien cultivada que imaginarse pueda, enriquecida con miles de casas de campo y de bellísimos y antiguos *châteaux*: — tal es el admirable conjunto que se despliega á su vista; — y si despues de haberle contemplado largamente penetra en el interior, y dejando á un lado los cuarteles viejos (notables, empero, por la antigüedad de sus construcciones y el carácter monumental de alguno de sus restos), se dirige á la parte moderna de la ciudad, á la plaza de *Chapeau rouge*, que conduce desde el puerto hasta el gran Teatro; si sigue despues los *boulevarts* interiores, conocidos por el nombre de *Cours de Tourny*, plantados de frondoso arbolado y enriquecidos con doble línea de casas elegantes y aún magníficas; si se detiene en la plaza Real ó en el inmenso paseo formado sobre el espacio que ocupó la antigua fortaleza de *Château Trompette*; si cruza, en fin, en todas direcciones por las alineadas y hermosísimas calles nuevas que comunican entre sí estos lejanos puntos, probablemente quedará sorprendido, enajenado, al aspecto de tanta grandeza, de tan asombroso lujo, de gusto tan exquisito.

La construccion de las casas particulares de Burdeos no sólo se aparta en lo general de las rutinarias y mezquinas formas seguidas por nuestros arquitectos, sino que excede en belleza y elegancia á todo lo que suele verse comunmente en las ciudades francesas, acercándose más á aquel grado de suntuosidad *confortable* que tanto admira el viajero en las poblaciones inglesas de Lóndres, Manchester y Liverpool. — Por otro lado, colocada Burdeos bajo un hermoso cielo, que permite á sus edificios conservar largo tiempo un aire de juventud y lozanía; sentada en terreno llano, y con la proporcion de extenderse indefinidamente, pudiendo contar para sus construcciones con una piedra acomodada, que se presta dócilmente al trabajo del artista y con el tiempo adquiere gran solidez, de color grato, parecido á la de Colmenar que suele usarse en Madrid; elevadas allí las costumbres de los habitantes á aquel grado de refinamiento de gusto que ostenta un pueblo mercantil en su brillante apogeo; vivificada con los considerables capitales que multitud de negociantes emigrados de América han aportado, cuando, huyendo de sus discordias civiles, vinieron á fijar su mansion en esta deliciosa ciudad, no hay, pues, que extrañar su brillante estado, que la eleva justamente á un puesto distinguido entre las primeras ciudades de Europa.

Sin embargo, su inmenso recinto encierra sólo una poblacion de cien mil almas, y los que llegan á ella desde París, aturdidos aún con el ruido infernal de sus calles, hallan desiertas y melancólicas las de esta hermosa ciudad, siendo muy comun el oírles repetir que «á Burdeos sólo le hacen falta cien mil habitantes más.»—Pero no se hacen cargo estos críticos de que, segun la exigencia del magnífico bordeles, y el lujo y comodidad á que está acostumbrado, la extension de su ciudad doblaria entónces tambien, porque al habitante acomodado de aquel pueblo

le es indispensable ocupar exclusivamente con su familia toda una gran casa, tener en los pisos bajos sus cuadras, cocheras, bodegas, cocinas, etc.; en el entresuelo, sus oficinas mercantiles; sus salones de recepcion y comedor en el principal; sus habitaciones y dormitorios en el segundo, y en el tercero, la de sus numerosos criados.— Que exige tambien su bien entendido egoismo que la elegante puerta de su casa permanezca cerrada ó defendida por un conserje, para impedir las visitas de importunos; que su zaguán y su patio sean verdaderos gabinetes de elegancia y comodidad; que sus escaleras, revestidas de estucos y molduras, adornadas de estatuas y cubiertas de excelentes alfombras, no sean profanadas por plantas que revelen el piso húmedo de la calle; que todas las puertas, en fin, de comunicacion, abiertas à *double battant*, permitan girar á los individuos de la familia con aquella confianza que inspira la seguridad de no ser sorprendidos en su vida interior.

Haciendo de su casa un templo, y un culto de su pacífica posesion, el rico bordeles desplega en su adorno la misma magnificencia y lujo que presidieron á la construccion del edificio; y secundado por los mágicos esfuerzos de la industria francesa, y llamando tambien en su auxilio los medios que le permite su comercio y comunicacion con la gran Bretaña, la India y las Américas, puede revestir sus salones con los objetos más primorosos y de mayor comodidad; puede cubrir su mesa con los más delicados frutos de todas las zonas; puede recibir en sus *soirées* la sociedad más amable y distinguida.— Por último, cuando el sol de Junio empieza á ejercer sus rigores, y las bellísimas orillas del Garona se cubren de un admirable verdor, el amable habitante de Burdeos, para quien el disfrutar de la vida es un negocio positivo, una necesidad real, suspende temporalmente sus tratos mercantiles,

sus ocupaciones serias, y corre á refugiarse con su familia en algun pintoresco *château*, en medio de vastos y deliciosos jardines, de ricos viñedos y de inmensos y apacibles bosques.

La ciudad por aquella estacion parece más desierta aún, y nadie diria sino que la poblacion entera se habia trasladado al rádio de algunas leguas. En las calles, en los paseos, en los teatros, apénas se encuentra á nadie, y á cualquiera casa á quien uno se dirija para visitar á los dueños, está seguro de que la vieja portera le ha de responder : « *Monsieur et madame sont à la campagne.* »

No han huido, sin embargo, de la ciudad para evitar la vista de sus amigos, para sepultarse en una mísera aldea, ni para adoptar una vida filosófica ó pastoril.—Lo que ellos llaman su castillo (*château*) no tiene, á la verdad, el carácter severo y el formidable aparato que aquel nombre indica; y no es otra cosa que un elegante edificio cuadrado, con algunas torrecillas ó pabellones en sus esquinas, sentado en medio de un espacioso bosque ó jardin, al fin de un largo paseo ó avenida formada de dobles filas de árboles frondosos, y circundado, en vez de fosos, por elegantes parterres de flores, lindos estanques, fuentes, estatuas y floreros. Es, en fin, una verdadera quinta ó casa de campo, con todos sus agradables accesorios y adornada interiormente con tan exquisito gusto y elegancia como las más primorosas de la ciudad.

Permítaseme aquí hacer una ligera digresion sobre lo que se entiende entre nosotros por vida del campo, á fin de que no vaya á calcularse por ella de las circunstancias que acompañan á la que se lleva con este nombre en los alrededores de Burdeos y otras ciudades extranjeras.

Un habitante de Madrid, por ejemplo, entiende por vi-

da del campo el abandonar dos ó tres meses la Puerta del Sol y el Salon del Prado, é instalarse lo mejor posible en una miserable casa de Carabanchel ó de Pozuelo de Aravaca, dejándose allí vegetar materialmente; haciendo sus cuatro comidas diarias; dando enormes paseos por las eras del término; enterándose con indiferencia de la chismografía del pueblo, contada por la tía *Chupa-lámparas* ó el tío *Traga-ánimas*, ó visitando á alguna otra familia desterrada por el médico de Madrid, en compañía de la cual lamenta las privaciones horribles del mísero lugar, y cuenta los dias que le faltan aún para cumplir su *condena*.

Los grandes de España y los ricos capitalistas que de todas las provincias vienen siempre á fijarse en la capital de España, adoptan casi todos el medio de elevar en aquellas miseras aldeas ú otras semejantes costosos palacios, hermosos jardines de recreo, alegando justamente la inseguridad de la campiña y la exposicion que traeria el situarlos y situarse fuera de toda poblacion y de la vara protectora del alcalde monteril.—Prodigando sus tesoros en un suelo escaso de aguas y atrasado en los métodos de cultivo, llegan á obtener algunas tempranas flores y frutos sin olor y sin gusto; alguna indecisa sombra, algun principio de bosque, que luégo atavian con sendas cascadas, que no corren, sino lloran sus aguas gota á gota; con elegantes templetes, que dominan la vista de mil ó dos mil fanegas de tierra de pan llevar; con grutas misteriosas, habitadas por los buhos y lagartijas, y con estanques circulares, que pronto se encarga de desecar el ardiente sol canicular.

Los primeros años de la posesion no hay entusiasmo igual al que manifiesta por ella el nuevo dueño, y cada dia gusta de visitarla y añadirla un adorno más; pero luégo comienza á echar de ver que se halla en ella completamente aislado y sin género alguno de sociedad.—

Que los vecinos del pueblo , léjos de mirarle como á su bienhechor por los capitales empleados en él, son sus más encarnizados enemigos, y conspiran de consuno á maltratarle su hacienda, á despojarle de sus frutos, y á ennegrecer su vida interior con los absurdos chismes que de él cuentan ó los pleitos que le promueven.—Que sus amigos de Madrid, ó no vienen á visitarle, ó vienen á abusar de su franca hospitalidad, tratando su casa y posesion como á tierra conquistada, y condenándole en las costas de sus báquicos placeres.—Que la tierra ingrata, por escasa de humedad, que el sol ardiente, que las fuertes ventiscas del Guadarrama, marchitan sus flores al nacer; doran sus praderas ántes de tiempo; secan sus bosques, y sólo mira producirse con energía las hermosas berzas y lechugas, que el hortelano aprovecha como gajes propios.—Que los dorados racimos, la encarnada fresa, los azucarados frutos del peral y del manzano, tocan en aprovechamiento exclusivo á los muchachos del pueblo; y si para defenderlos de ellos levanta una cerca de pedernal, que le cuesta casi otro tanto que la hacienda, y funda una escuela donde recoger gratuitamente á aquéllos, los gorriones bajan de las nubes á bandadas, y los muchachos suben á los árboles á docenas, y desertan á centenares de la escuela: por último, que si quiere comer manzanas, tiene que enviarlas á comprar á la plazuela de San Miguel.

El interior de la casa, que adornó con exquisito gusto, cubiertas las paredes de bellos papeles y sederías; sus salones, de muebles cómodos y exquisitos, le encuentra, al regresar de la córte el año próximo, abiertos los techos y dando paso al agua por todas sus coyunturas;—observa que los jóvenes protegidos del lugar han roto á pedradas todos los cristales de las ventanas;—que los visitantes, sus amigos, han descompuesto los relojes, han roto las llaves y manchado las colgaduras;—que la mu-

jer del jardinero ó encargado de la casa cria conejos en el salon del comedor, y el marido ha establecido su taller de carpintería en la mesa del billar; — y que, en fin, el poco aseo, el ningun cuidado, el abandono en que la casa ha permanecido por diez meses, han impreso en ella un aire de decrepitud, un olor nauseabundo, que acaba por hacérsela aborrecer, y le obligan, desengañado, á venderla á cualquier precio.

Las demas personas, no propietarias, que salen de Madrid, suelen alquilar una parte de casa á algun vecino del pueblo, lo que equivale á situarse en medio, en medio de un aduar. — Porque, entre los tristes cuadros que ofrecen nuestras más miserables aldeas, ninguno es tan repugnante como el del interior de los pueblos de las cercanías de la capital de España: ningunas moradas son tan infelices, ningunas paredes tan sucias, ningunos colchones tan duros, ningun huésped tan indolente, ningunas pulgas tan activas, ningunos chicos tan llorones, ningun gallo tan cacareador.

Para disfrutar esta vida *agreste*, que no campesina, es para lo que dejan la comodidad de sus casas muchos habitantes de Madrid, y se dan por satisfechos si al cabo de quince días han dado treinta enormes paseos á las eras ó á las ermitas del pueblo; si han dormido doce horas diarias y bostezado las otras doce; si han comido cada uno tres docenas de pollos y bebido treinta azumbres de leche, únicos frutos de fácil adquisicion en el lugar; si han hecho del vinagre, vino; de la ceniza, pan; de la cofaina, ensaladera; de los tejos, vajilla; de las botellas, candeleros; de las bulas, cristales; y de las ruidosas pajas, blando y regalado colchon.

Nadie mejor que los habitantes de nuestras hermosas regiones de Levante y Mediodía pudieran disfrutar ver-